

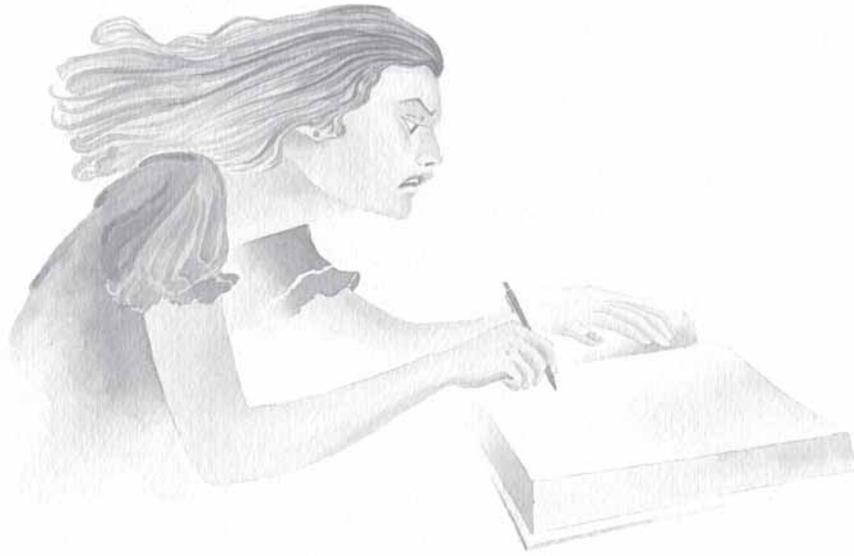
Textos orales expresados por personas adultas analfabetas



1. No sé escribir mi nombre...

Juan Manuel Vázquez Ávalos, 18 años, aprendiz de carpintero,
Sahuayo, Michoacán, México, 2007

Cuando me subo a un camión no sé cómo se llaman las calles por donde va y lo mismo me pasa cuando voy a pié. Luego me manda mi tía a comprar medicinas y no sé lo que dice la receta ni cómo se llama la medicina que me dan. También me cuesta trabajo contar el dinero para pagar y el cambio que me dan. Cuando voy a comprar ropa o zapatos tengo que pedir que me digan el precio de las cosas aunque lo tengan allí escrito. No sé escribir mi nombre ni el de mis hermanos. Luego me junto con amigos que sí saben escribir y nomás me les quedo viendo, pues no sé qué están escribiendo. Lo mismo me pasa con mi novia: a veces me da un papel y le tengo que ir a preguntar a mi mamá. La gente en las tiendas del centro se pesa y se mide y yo quisiera hacer lo mismo, pero no sé leer lo que dice la máquina. A veces tengo ganas de comprarme un disco, pero no puedo leer qué canciones son las que trae y no me decido a comprarlo. Me compré un reloj y lo traigo en el pulso, pero no sé decir qué hora es. A veces me prestan un celular, pero no sé marcar los números. En mi trabajo no puedo medir las tablas con las que tengo que hacer las cosas y luego tengo problemas para ver lo que me pagan.

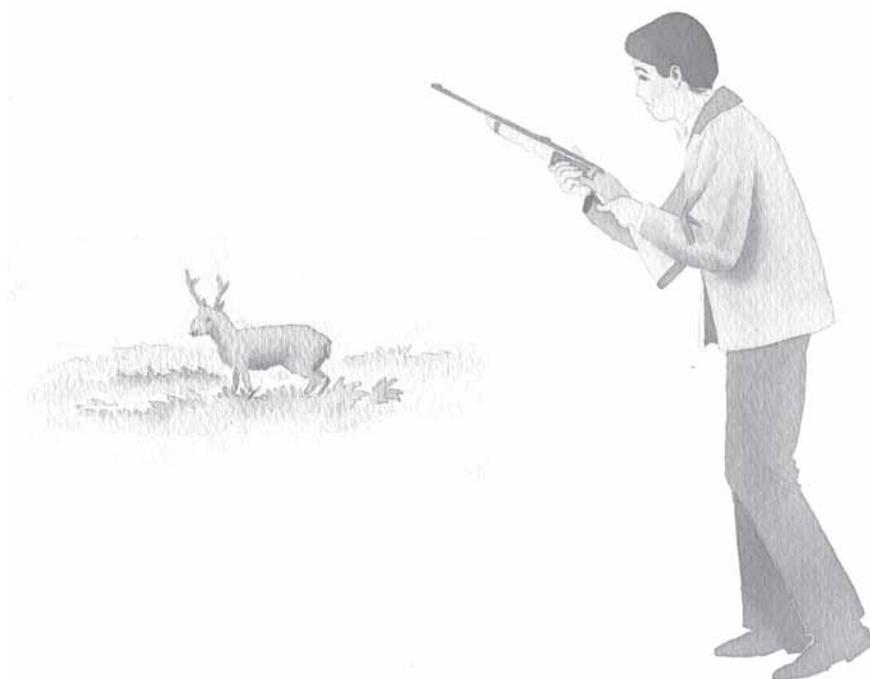


2. Quiero estudiar y superarme

Lilia Téllez Mendoza, 36 años, trabajadora y ama de casa
Sahuayo, Michoacán, México, 2007

Mi papá tomaba mucho y por eso teníamos muchos problemas en la familia. Éramos muy pobres. Los hijos entramos a una escuela de gobierno, pero duramos muy poco porque mi papá falleció y todos tuvimos que ponernos a trabajar para ayudar a mi mamá. A la fecha sigo trabajando para poder sostener a mis dos hijos. Y es que conocí a un muchacho y nos hicimos novios. Al año nos casamos por el civil, me acuerdo que no pude poner ni mi nombre en el libro. Pasó el tiempo, nacieron mis hijos, y luego estuve yendo a una escuela del CONALEP, pero nos cambiamos de casa y la tuve que dejar. Pero sí quiero estudiar y superarme para ayudar a mis hijos. De lo que más tengo ganas es de poner un negocio y poder decirle a mi mamá, con todo mi corazón: ya sé leer y escribir y hacer cuentas, mamá.





3. Ser justo con los demás

Hilario, 60 años, campesino
Atzingo, Estado de México, México, 1991

Desde muy chico Cipriano le agarró el gusto a la cacería; tendría unos 18 años cuando se hizo tacualero, arriando las mulas para llevar el bastimento a los cazadores de venado, y luego que aprendió a disparar se apostaba en uno de los caminos, donde sabía que iba a pasar el animal acorralado por los perros y frente a frente no vacilaba en matarlo, sabía que podía ser la única oportunidad que se tuviera en 15 días. Seguramente que allí aprendió a ser justo con los demás, porque allá arriba en el monte todo lo que se obtenía se distribuía en partes iguales. Aquellos eran días en que los cazadores a veces se traían hasta tres kilos de carne cada uno, toda salada para que no se le parara la mosca. Cipriano aprendió a destazar animales y a preparar la carne para que durara muchos días.



4. Veo tantos letreros y me digo, ¿qué dirán?

Juan Carlos Ávila Becerra, 18 años, trabajador manual, colonia La Calzonuda, Sahuayo, Michoacán, México, 2007

Soy Juan Carlos, tengo tantos problemas por no saber leer ni escribir, me siento mal al no saber leer un papel o cuando alguien me pregunta qué dice; ha habido veces que necesitan mi firma y no puedo dárselas. También por lo mismo no he podido sacar mi credencial y en varias partes me la han pedido, he querido sacar en crédito en varias tiendas pero como no sé leer ni escribir, no puedo. Tengo miedo si algún día me llevo a casar no saber firmar o ayudarles a mis hijos en las tareas. He tenido muchos problemas en el hospital donde siempre nos atendemos: si vamos a visitar a alguien necesito la credencial de elector, como no he podido sacarla no me dejan entrar.

También tengo problemas con el medio de transporte, pues como no sé leer ni escribir, no puedo leer a dónde va o por dónde va; ha habido veces que tengo que preguntar a alguien y me da pena a veces preguntar y prefiero caminar. También si quiero buscar una calle tengo que preguntar, tampoco puedo salir a otros pueblos yo solo por que no sabría qué medio de transporte tendría que tomar. Ha sido para mí muy difícil todo esto pues han pasado tantos problemas, cuando voy a la calle veo tantos letreros y me digo, ¿qué dirán? A veces cuando veo una película, algunas son en inglés y me quedo con la duda: ¿qué dirán los letreros? ¿Qué se estarán diciendo unos a otros los que salen en la película?

También tengo mucho miedo al usar algún aparato pues tengo miedo de descomponerlo, si no es mío, pues no puedo leer las instrucciones y yo solo no lo puedo usar. También tengo miedo a tomarme algo que sea veneno porque en mi casa a veces tenemos veneno para ratas o cucarachas y como hay algunos que vienen en botellas de refresco, mejor le pido a mis hermanos que lo usen donde ellos sepan. Tengo miedo de poner mi huella digital en algún papel que hay que firmar porque no sé lo que dice ni a lo que me comprometa. A veces me da miedo equivocarme en un baño público de los que no tienen las figuritas de hombre o de mujer en las puertas y sólo tienen el nombre.

También se me dificulta mucho mi trabajo por no saber leer ni escribir ni sacar cuentas. A veces me queda debiendo dinero mi patrón, me dice que saque cuentas pero como no sé sacarlas en un papel pues le digo a él que me las saque o hasta que hago un esfuerzo y las saco yo en la mente. También he querido tener un mejor trabajo en donde me paguen más pero tampoco puedo pues en todos piden que sepa leer y escribir y que haya estudiado la primaria y la secundaria; por eso no puedo conseguir un mejor trabajo. En donde trabajo gano muy poco y como soy el único hombre de la casa y como somos cinco, a veces no nos alcanza el dinero, pues desde que murió mi papá yo soy el que sostengo la casa.

A veces me siento desesperado al no saber leer ni escribir mi nombre, tengo tantas ilusiones de tener un mejor trabajo donde gane más y le pueda ofrecer más a mi familia. También tengo problemas al usar un celular pues como no sé los números ni sé escribir no sé como mandar un mensaje porque a veces las llamadas no entran. También he pasado vergüenzas porque mucha gente se burla de los que no sabemos leer ni escribir, he pasado tantas cosas solo por el simple hecho de no saber leer ni escribir. Una vez pasé una vergüenza, una persona como yo que no sabía leer me pidió que si le podía leer un papel pero le dije que no sabía leer yo tampoco y me sentí mal al no poder ayudarla.

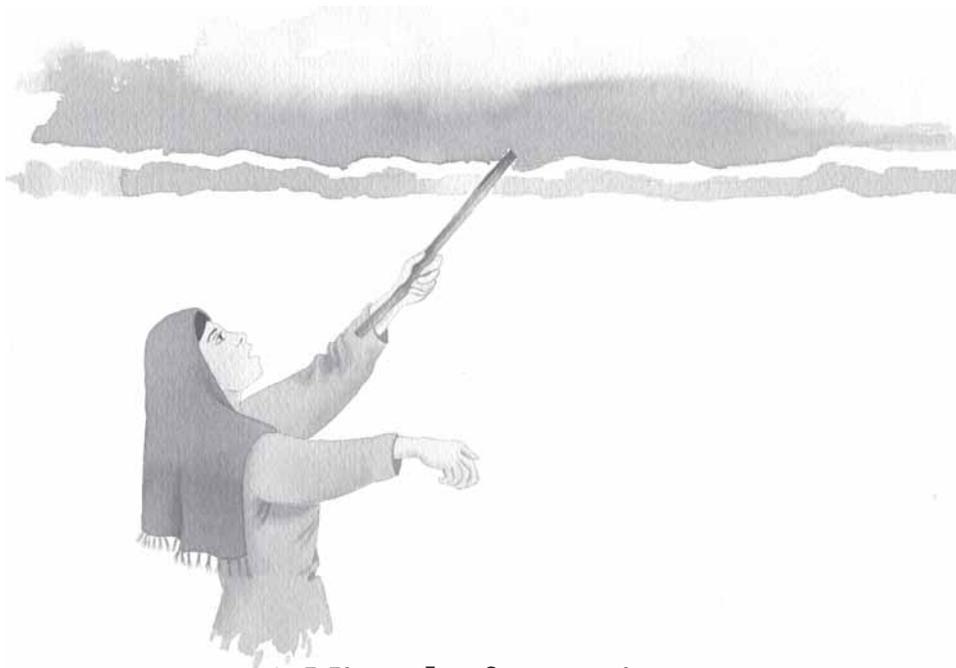
Los fines de semana busco trabajo donde no se ocupe leer ni escribir para ganar dinero extra porque el que gano en mi trabajo apenas me alcanza. Todo ha sido muy difícil para mí todo este tiempo desde que empecé a trabajar. Quisiera algún día aprender a leer y escribir, no sé si eso se haga realidad, por lo pronto creo que seguiré con mis problemas de no tener un mejor trabajo ya que sigo sin poder leer ni escribir, pero no pierdo las esperanzas de superarme y salir adelante pues si yo lucho algún día podré leer y escribir y tener un mejor trabajo y superarme para tener una mejor vida.



5. En su corazón ya no cabía más tristeza

Eduviges, 68 años, ama de casa,
a pesar de ser analfabeta llegó a ser Juez en Tlalmanalco,
Estado de México, México, 1991

Mi padre vio a todos como a sus verdaderos hijos. Déjeme contarle que antes de su muerte, que fue un día después de la fiesta, mi padre fue a preguntar por uno de los hijos de mi media hermana, al cual mi padre quería mucho porque se llamaba igual que él. A este niño la Rueda de la Fortuna le lastimó una pierna, estuvo bien grave la herida, se la tuvieron que coser. Pues qué le cuento, que la Lencha mi media hermana le contesta bien feo: “No se meta en lo que no le importa, que además el escuincle no es nada suyo”. Yo pienso que de aquella muina fue que mi papá murió, seguramente que en su corazón ya no cabía más tristeza.



6. Mi madre fue granicera

Damiana, 70 años, ama de casa y curandera,
se alfabetizó después leyendo la Biblia,
Atzingo, Estado de México, México 1991

Mi madre fue granicera, verá usted. Eran tiempos difíciles porque ella tenía una enfermedad, desde muy chica se quedaba dormida como si perdiera el conocimiento; decía que su mente se le ponía en blanco. Me acuerdo que una de

esas veces mi padre la llevó con el doctor Eustaquio, de Tetela, porque ya tenía una noche y un día y ella no despertaba; sabíamos que vivía porque le pusieron un espejo en la nariz y lo vaporizó con el resuello. Esa vez hasta el tercer día abrió los ojos. En aquel momento la cuidaba la tía Remedios, ella fue la que me contó que dijo: “Ya no se preocupen más, ya estoy curada para siempre”. Según ella, había tenido una revelación: un ángel luminoso se le había aparecido, le explicó que su cuerpo con la enfermedad se había estado purificando, que toda aquella enfermedad le había servido para cumplir con una misión. Luego se fue a Atlautla a buscar a la señora que tantas limpias le había hecho con gallina negra, porque el ángel le había dicho que aquella a la que había acusado de bruja y de ratera era la misma que la iba a ordenar de granicera; desde aquel día, ella pudo curar a los enfermos y controlar las lluvias para que no destrozaran la milpa.

A los pocos días vino aquella señora de Atlautla acompañada de otros graniceros; subieron al monte a un lugar llamado Tlatlecuilco. Me acuerdo que mi madre llevaba una olla de barro nueva y la enterró en aquel lugar y puso encima una piedra como señal de que allí dejaba su parte carnal; a partir de ese momento era puro espíritu. Después todos nos fuimos al río, allí bendijeron su cruz y le enseñaron cómo tenía que mover una vara para desviar los granizos. Aquella vez mi madre se hizo sacerdotisa, me acuerdo que fue un día de fiesta en el monte, habíamos llevado comida, música, cohetes; los mayores se emborracharon con pulque y nosotros los chamacos corríamos de un lado para otro, nos escondíamos detrás de los encinos, cruzábamos el río empujándonos.

Una de esas tardes, mientras mi madre me espulgaba, vinieron los ancianos del pueblo a pedirle que subiera al monte. Al día siguiente subió a pedirle al Dios Ehécatl que mandara el agua. Ella decía que el Dios Ehécatl era la Virgen de Guadalupe. Esa misma noche por todas las calles del pueblo se paseaba ese viento fresco que viene antes de las tormentas, y sucedió de repente que mi madre no se podía estar tranquila y le empezaron a doler las piernas; entonces dijo: “Vamos aguareciendo todo, que no tarda en llover”.

En aquel año las lluvias se siguieron unas a otras como si todas las nubes se hubieran puesto de acuerdo en reunirse en

un solo lugar; a nadie se le hacía extraño ver a mi mamá con su capa de nylon y una vara en medio de la tormenta. Tan luego como veía venir los granizos, sobre todo los que venían de Pahuacán, salía a los caminos o al patio a poner una cruz de ceniza, al tiempo que decía: “Yo te conjuro en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo para que no lleguen hasta aquí tus granizos de muerte”. Porque había usted de ver cómo venían marcadas las calaveras, haciendo destrozos a la milpa, a la fruta, sobre todo a aquella que le da el sol de la tarde y que es la más dulce. Y sucedía que la tormenta jalaba para otra parte.

7. Me costó mucho trabajo convencer a mi esposo

Rebeca Gudiño Mora, 63 años, ama de casa,
Sahuayo, Michoacán, México, 2007

Yo no sé leer ni escribir y esto me hace sentir muy mal porque todos mis hijos sí saben leer y escribir y yo no sé nada de las letras. Cuando ellos estaban chiquitos yo no podía ayudarles con las tareas de su escuela ya que yo no sabía nada de lo que estaba escrito en sus libros o libretas, para mí era como un imposible aprender todas esas letras y números; y más imposible aprender a leer y escribir ya que yo nunca tuve la oportunidad de ir a la escuela, porque mis papás decían que eso de estudiar no era para las mujeres, que las mujeres estaban hechas para atender a su esposo y a sus hijos cuando se casaran, que la escuela a las mujeres no nos servía para nada ya que todo el tiempo íbamos a estar haciendo el quehacer en la casa.

Pasó el tiempo, yo me casé. Yo creía que mi esposo ya estando casados a lo mejor me iba a apoyar para que por lo menos yo aprendiera a leer. Pero me equivoqué: a mi esposo sus papás también le habían hecho pensar que las mujeres sólo servían para atender a los hombres haciendo el quehacer en la casa. Yo muchas veces le dije a mi esposo que yo quería aprender a leer y escribir, pero él me decía que no.

Después fueron naciendo mis hijos y se me iba acabando el sueño de estudiar. Un día llegaron unas muchachas a tocar en mi puerta y me dijeron de unas clases que iban a dar para

enseñar a las personas que no sabían leer ni escribir. Yo me animé y les dije que sí entraba porque iban a dar las clases cerca de mi casa, pero que no les aseguraba si iba a ir o no porque todavía me faltaba convencer a mi esposo ya que él tenía sus ideas. Para entonces yo ya tenía nietos y eso me daba más vergüenza porque ellos sabían más que yo, pero eso me hizo pensar en que si ellos podían por qué yo no, y por eso me decidí a tratar de convencer a mi esposo.

Me costó mucho trabajo convencer a mi esposo, pero mis hijos me ayudaron a quitarle esa idea de la cabeza y por fin me dejó aprender lo que yo tanto quería desde que estaba joven, que es leer y escribir.

Me decidí entrar a la escuela y cuando volvieron a pasar las muchachas que iban a dar las clases a las personas que no saben leer y escribir les dije que me anotaran en la escuela. Por fin estaba realizando el sueño que tenía desde niña.

8. Yo cuidaba borrega en el monte...

Ignacia Martínez Santos, 58 años, ama de casa,
San Jerónimo, Estado de México, México, 2002

Lo que le voy a contar... estoy sola, sólo un hermano y un primo, de la familia de aquí; ni abuelo, ni abuela, fui huérfana, mi papá se llamaba Camilo Martínez y mi mamá se llamaba María. No recuerdo cuándo fallecieron. Cuando falleció mi papá yo estaba chiquita, así estoy.

Lo que le cuento, mis hijos: cinco hombres y dos mujeres, tuve 15 pero no todos crecieron; mi esposo era borracho y hacía coraje. Ya no veo a mi primo, pero a mi hermano Daniel sí, cuando paso por el camino lo saludo “buenos días”.

Mi mamá vio la Revolución, me contó, comía raspas cuando no tenía nada; ella me daba consejos, que cuidara el maíz porque era la vida. Ella sufría mucho.

No conocí a mis abuelos, pero mis nietos ya me conocen.

Cuando mi mamá era viuda no nos dejaba morir de hambre, no nos abandonaba, no era mucho, yo la vi fallecer aquí en la casa.

Ahora tengo a mis hijos. Gracias a Dios no me han dejado. Mi marido gracias a Dios ya no se emborracha. Una vez me iba a machetear, pero ahora ya compra algo de comer.

Cuando vivía en San Mateo tenía casa de madera. Mi mamá se enfermó, le dio dolor de estómago, la curamos pero se murió. Sufrió mucho.

Yo cuidaba borrega en el monte, creo que eran nueve borregos, bajábamos tarde por jugar, ya después se dio cuenta mi mamá, me dijo que no me iba a dar tortilla. Puro juego: las muñecas, como mayordomo, íbamos a sacar quelites, cuando no llevaba tortilla una amiga me daba y puro jugar. Angelina Marco, una buena amiga. Jugábamos ahí, correteábamos a las amiguitas. Eso es todo porque yo ya no cuento más.

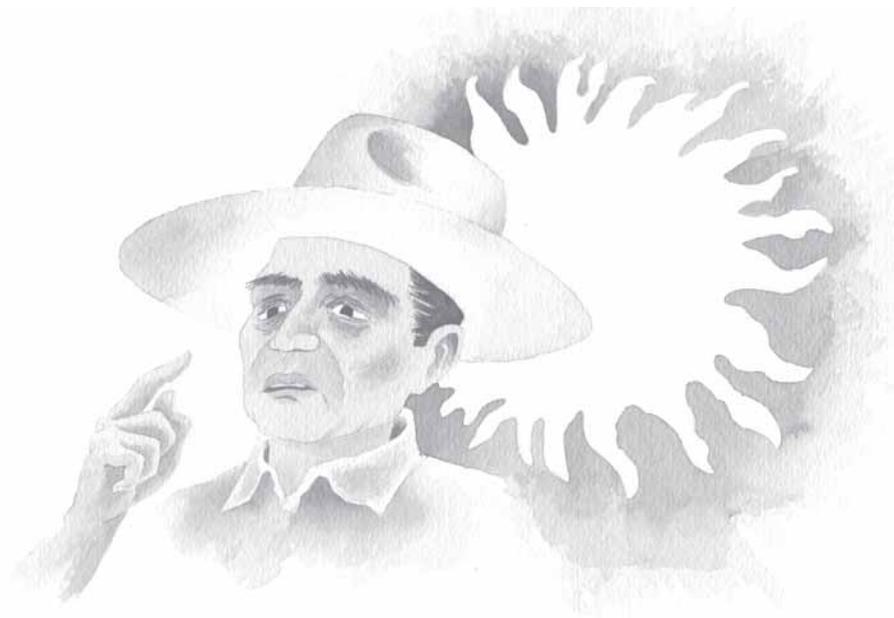
Me dieron balazo en el brazo, gracias a Dios estoy con mis hijos. Armando Hernández era el que me iba a matar, sin deber nada, por chismes. Dios me defendió y yo no me morí, tengo mis hijos y mis nietos, pero él ya se murió. Tenía yo nueve años, fue bajo el hombro, casi me dio en el corazón y además en el brazo, pero Dios no me dejó. Por eso los chismes no es bueno creer.

A mi papá lo mataron, lo aventaron dentro de la barranca cuando iba por la leña, lo mataron adentro del bosque. Cuando le pregunté a mi mamá sólo me dijo que lo mataron. Estuvo perdido tres días y dos noches y ya lo encontraron muerto.

Cuando teníamos, no, ni teníamos hijos y ya peleábamos y yo pensaba cómo lo iba a dejar. Tenía a mi hermano, me aguanté lo que me hacía, me decía, me echaba en la cama, me golpeaba y ya que veía que no podía me mandaba al doctor. Me decían: encácelalo, tu marido está equivocado, tus hijos van creciendo y van a ser así; gracias a Dios ellos están bien con sus mujeres.

Sufrió mucho no sé cuántos años, yo me puse a pensar en mis hijos y el sufrimiento me aguanté como mujer, nunca pensé en dejarlos. Mi cuñada me dijo que lo dejara, que esperaba yo que me matara pero yo no le hice caso, yo lo hice por mis hijos.





9. Cuando está tierno el Sol

Ancianos indígenas choles, campesinos,
Sabanilla, Chiapas, México, 1976

Cuando ya lo vamos a sembrar nuestro maíz, hay su fecha en que vamos a hacerlo. No es que se puede hacer cuando cada uno lo quiere. Hay su tiempo especial para que nos sembramos. Así lo tenemos sabido porque hay que lo hacemos su observación el tiempo cuando pasa los días primeros del mes de enero. Pero no vas a pensar que todos lo sabemos cómo es que se va a leer el tiempo en esos sus días de enero. No. Ese mero su trabajo que lo hacen los viejitos; como ya lo tienen aprendido porque ya se vivieron muchos años. Entonces, pues, que los viejitos como los llamamos *tatuch* o *mojtiomaj* que lo estudian el tiempo y que dan su anuncio según como lo vieron que es el tiempo cuando el sol está nuevo, cuando está tierno el Sol, o sea Chok' K'in. Entonces, cuando el Sol está nuevo, como está, está tierno pues, que los viejitos lo pueden leer cómo va a ser de humedad, de calor, cómo va a estar seco el tiempo. Lo aprenden la Luna, cómo va a ser su movimiento que ya se va o que ya va a venir, o que está canteada como que es jícara que tira su agua o que está bien asentada como jícara. Todo lo van sabiendo y es cuando lo dicen que es su tiempo para que vamos a sembrar maíz, o su tiempo de sembrar frijol, o calabaza. Todo lo saben.

10. Nadie me acompaña para la hora de la comida

María Luquín Rendón, 83 años, ama de casa y trabajadora en el campo, Nocutzepo, Michoacán, México, 2005

Recuerdo a mis abuelos maternos, los estimaba mucho; eran muy buenas personas, me abrazaban y besaban. Ellos eran blancos, de nariz afilada y chaparritos. No pasaba mucho tiempo con ellos porque tenían muchos nietos y nos peleábamos. En el rato que estaba en la casa de mis abuelitos yo hacía chiminellitas de lodo.

Mi abuelo trabajaba en la Hacienda de Charagüén y en el campo. Se murió de bilis porque lo colgaron los revolucionarios, que se dirigían a casa de los comisariados para obtener préstamos de dinero; qué préstamos ni que nada, era para robarlos. Como no podían sacarles nada, les amarraban lazos en el cuello y los colgaban de los árboles y les pegaban. Finalmente lo dejaron, pero a los pocos años se enfermó y murió. Mi abuelita se dedicaba al hogar. Una vez fue al jaripeo y un lagartijo se le metió entre el zagalejo y el fondo, se asustó y continuó enferma hasta que murió de susto.

Mi mamá era muy enojona. Antes de que yo naciera, mi mamá se andaba muriendo y fue atendida por una partera y por atender a mi mamá, no me atendieron a mí; por esa razón quedé sorda. Cuando era niña, no había tantos juguetes como ahora. Ahora hay bicicletas, triciclos, platitos; pero antes los niños tenían más imaginación que ahora, porque no había videojuegos ni televisión. Recuerdo que mi mamá me compró una muñequita de cartón y cuando me veía que estaba jugando, me aventaba la muñeca al piso y me decía “¡Ponte a hacer quehacer y deja de jugar!”. Le ayudaba a mi mamá a abrazar a los niños chiquitos, lavar trastes, barrer y acarrear agua, bordar; hacía relindos puntada de cruz. Molíamos el nixtamal a mano.

Mis tiempos felices cuando era niña era cuando iba a la escuela, porque en mi familia no había fiestas. Iba a la escuela y me gustaba bailar en los bailables. Salí de mariposa y las maestras nos mandaban hacer los disfraces en Pátzcuaro. Había música de vitrola. El difunto Espiridión trajo la vitrola del norte. Después mis

papás no me dejaron asistir más tiempo a la escuela, porque decían que nada más andábamos de marotas, y también porque teníamos novios. Así que solamente asistí hasta el segundo grado de primaria.

Antes en el pueblo había muchos árboles frutales y menos casas; las calles eran chuecas, las casas eran de tejamanil con zoromuta, paja y algunas con teja y adobe; éstas eran de las personas que tenían modo de vivir mejor. Los pisos eran de tierra. No había electricidad y tampoco había agua entubada.

Mi esposo se llamaba Fortino, lo conocí en la misma comunidad, era mi vecino, fuimos compañeros en la escuela. Nos casamos cuando él tenía 22 años y yo 19. Cuando éramos novios él iba detrás de la casa y se subía a la cerca, yo me subía arriba de un trozo de madera para platicar con él. Una vez mi papá se dio cuenta y me golpeó con una raja de ocote.

Fuimos novios por casi tres años, por supuesto en secreto, pero al mismo tiempo yo tenía otro novio que se llamaba Elén. Mi novio Fortino y yo nos pusimos un plazo, le dije que me pidiera y él me dijo que no me pediría porque sus padres no me querían. Tuve que irme con él, a la casa de sus padres. Nuestra boda fue en Pátzcuaro. Me vestí con rebozo de bolita, vestido y zapatos. Cuando regresamos, había música en la casa y empezó a tocar. Para la comida había mole, corundas y, por supuesto, aguardiente. La fiesta fue en la casa del novio.

Vivimos dos años con los suegros y nos corrieron porque mi esposo era muy borracho; salimos de esta casa con un hijo que se llama Rafael. Después mi esposo dijo que era mejor llevarme con mi familia, pensó que sería mejor. Decidió llevarme con mi mamá, pero al poco tiempo comenzaron los problemas con ella y con mis hermanas. Ya que arrimado de que no te ariscas, te charruscas.

Decidí hablar con mi papá para que me prestara la casa del burro. Él me dijo que con mucho gusto. En este tiempo yo estaba embarazada y así cargué adobes de la casa de un vecino para arreglar mi jacalito. Lo enjarré, hice una chimenea, y listo. Aquí nacieron mis hijos Elvira, Hernando, Gerardo y Lidia.

Después mi esposo construyó nuestra casa y yo le ayudé a arreglarla y nos mudamos. Aquí murió Antonio a los 6 años de un golpe que le dieron en el estómago. También aquí murió Lidia a los 18 meses, de peritonitis. Mi matrimonio era

muy triste porque mi esposo tomaba mucho y me golpeaba. Al paso de los años, creo que cuando sintió la muerte cerca, él cambió, dejó de tomar y se portaba mejor.

Mi esposo murió cuando mi hijo Rafael tenía 14 años. Andaba amansando un torito en el potrero, de repente se vino una llovizna y se metió debajo de un árbol para resistir el agua; llegó otro señor que se llamaba Pablo, estuvieron platicando y que les cae un rayo, matándolos. Así que un señor que andaba por ahí les avisó a los familiares para que fueran a recoger los cadáveres.

Después de esto fue muy difícil porque mis niños eran pequeños y tuvimos que trabajar mucho para salir adelante, nunca los mandaba a trabajar con mis cuñados porque los golpeaban. Yo les enseñé a trabajar. Mis niños asistían a la escuela. Después se fueron a trabajar a la ciudad de México y allá viven algunos ahora. Ya tengo 13 nietos y 10 bisnietos.

Cuando era más joven podía trabajar en el campo y hacer más actividades que ahora; me desanimo porque estoy más mayor y el cuerpo no me ayuda. Mis actividades ahora son limpiar la casa y preparar la comida. Voy todos los días a la iglesia y participo en sus actividades, visito a mis familiares, voy a la leña y salgo a caminar. Ahora mi vida es más triste porque no puedo hacer las cosas de antes. Me siento mal porque nadie me visita y nadie me acompaña para la hora de la comida. Ahora necesito un poco de ayuda, y no tengo quien me ayude. Pienso en la muerte porque cuando uno es viejo qué más puede esperar, si no el momento de morir.

Lo que más quiero es que mis hijos vivan bien y que no se peleen.

11. La hormiga va a misa

Jesulina Fernández, 70 años, campesina y curandera,
Vitória da Conquista, Bahía, Brasil, 2000

La hormiga se preparó para ir a misa. Allí encontró una botella de grasa. Allí, al sol, se calentaba y la grasa se derretía, y le ensuciaba el pie. La hormiga habló así:

— Oh, Sol, ¿para qué calientas para derretir la grasa, para que la grasa ensucie mi pie?

El sol habló así:

— No soy yo, es la nube que me descubrió, me descubrió y yo calenté. Ve a donde está la nube.

Allí fue la hormiga donde estaba la nube.

— Oh, nube, ¿para qué descubriste al sol, para que calentara, para que derritiera la grasa, para ensuciar mi pie?

Y la nube habló así:

— Es el viento, el viento fue, fue Dios quien lo quiso, fue el viento que Dios mandó.

Y la hormiga fue donde estaba el viento:

— Oh, viento, ¿para qué empujaste la nube, para que descubriera el sol, para que el sol caliente, para que la grasa se derrita, para ensuciar mi pie?

Ahí el viento habló así:

— No, no soy yo, no, es Jesús.

Entonces ella le preguntó a Jesús:

— Oh, Jesús, ¿por qué el Señor mandó al viento a empujar la nube, para que la nube descubriera al sol, para que el sol calentara la grasa, para que la grasa se derritiera y ensuciara mi pie?

Y Jesús habló así:

— ¡Sal de aquí, cintura fina!

12. Cuando yo tenía 14 años yo me casé y tuve 12 hijos

María Madrigal Cervantes, 80 años, ama de casa,
Sahuayo, Michoacán, México, 2007

Cuando yo era niña vivíamos en Guadalajara, Jalisco; allí me crié hasta cuando tenía cinco años de edad. Después nos venimos a vivir aquí a Sahuayo. Cuando vivíamos en Guadalajara no había escuelas, por eso fue que yo no estudié, aparte que antes no se le daba importancia a la escuela como ahora. Cuando llegamos a Sahuayo había muy poquitas escuelas y yo quería estudiar, pero mis papás no ganaban mucho dinero.

El tiempo pasó y mis hermanos y yo fuimos creciendo y comenzamos a trabajar desde muy chicos. Después poco a poco se fueron casando mis hermanos y quedamos nada más tres de diez hermanos sin casarnos, pues yo era de las más chicas.

Cuando yo tenía catorce años yo me casé y tuve doce hijos. Como no nos alcanzaba el dinero para mantenerlos y mandarlos a la escuela me puse a buscar trabajo, pero no encontraba porque en casi todos los trabajos te pedían la primaria o saber leer y escribir y yo no sabía nada de eso, yo nada más sabía escribir mi nombre. Así que seguí buscando y encontré uno donde tenía que adornar sombreros porque ahí no se necesitaba leer ni escribir; no me pagaban mucho pero me tenía que conformar con ese trabajo ya que como no había estudiado no podía conseguir un trabajo mejor.

Entre más crecían mis hijos les fuimos dando la oportunidad de ir a la escuela pero no todos mis hijos quisieron estudiar; algunos sí entraron a la escuela pero se salieron por meterse a trabajar.

Cuando iban aprendiendo a leer y escribir me decían que ellos me enseñaban, porque yo no podía ni firmarles las calificaciones. Yo les decía que con mi edad no se me iba a pegar nada.

Cuando mis hijos me dijeron que me enseñaban a leer y escribir me dio mucha vergüenza porque en vez de que yo les ayudara a ellos con la tarea ellos me iban a enseñar. Pero yo no quise y así me quedé con las ganas de saber leer y escribir.

13. Suenan los violines y las guitarras

Ancianos indígenas choles, campesinos,
Sabanilla, Chiapas, México, 1976

Hay una fiesta muy bonita que lo hacemos todos juntos cuando ya lo acabamos el siembra o cuando todavía hay unos poquitos que lo están terminando su siembra todavía. Entonces que lo hacemos el fiesta. En su día el Santa Cruz lo hacemos fiesta. Porque queremos que lo vamos a pedir el agua, o sea la lluvia, para que caiga a tiempo, para que se caiga suficiente, no vaya a ser que se caiga más de la cuenta y entonces sea que se va a chingar el milpa. Entonces que lo hacemos fiesta. Y hay sus lugares donde lo hacemos fiesta, porque no lo vas a pensar que es en cualquier lado. Hay sus lugares, según como cada uno que está acostumbrado; según así que lo hacemos fiesta en el templo o en la ermita, o en un

cueva, o donde se nace su ojo el agua, ahí donde se brota solita el agua o según, en su orilla el río, según como lo tiene cada uno su costumbre y según que lo tiene ya paradas sus cruces, de madera sus cruces, que lo tienen pintadas de color verde sus cruces de madera. Y entonces que en esta fiesta lo adornamos las cruces con ramas y con flores y con muchos colores.

Cuando es que vamos en Tumbalá o en Tila, su fiesta lo hacemos ahí en su cruz la iglesia, así como hay su cruz que está en medio su atrio de la iglesia. Entonces ahí lo hacemos el fiesta porque ahí mero que se junta mucha gente, chingos de gente pues. Y entonces también que están los tatuches (los ancianos) y mucho gente pues. Y pues ya los tatuches que lo tienen preparado todo; como ya lo prepararon con tiempo pues. Ya lo tienen hechas sus velas gordas con su cera que lo juntaron en el monte. Y entonces, que los mayordomos y los capitanes lo preparan sus ofrendas y lo ponen en sus pies de la cruz y bonito que se mira todo. Y lo organizan las comidas y el baile y el fiesta. Y todo el comunidad se junta en el patio, así como te lo tengo dicho desde antes; con los tatuches se juntan todos. Y entonces, ahí en su pie de la cruz, como están todos juntos, que lo vamos a hacer oración. Mero cuando es su medio día y que el sol está bien alto, entonces que lo hacemos oración.

Porque los tatuches de por sí que lo saben rezar; por eso son viejitos. Por eso se juntan varios tatuches y cuando ya se juntaron muchos los viejitos entonces, como son tatuches pues, entonces que cada uno por su lado, lo hace oración para que va a venir el agua. Con mucho respeto se persinan y lo dicen Padre Nuestro y lo rezan Ave Marias, según cuantas veces como ya lo tienen sabido. Y lo rezan alegre. Se parece que cantan cuando lo están rezando. Porque ya lo saben rezar. Como son tatuches, pues, y como ya lo tienen tomada su copita, entonces que lo rezan con gusto, con su corazón pues. Y así es como lo rezan:

Padre Santo, Nuestro Padre, Nuestra Madre, Ángel Custodio, mira a tus hijos que hoy hacemos fiesta, Nuestro Padre, Ángel Custodio; ya sembramos, ya estamos sembrando todavía. Señor del Universo, Nuestro Padre, Nuestra Madre, necesitamos de tu lluvia, de tu bendición, para que se crezca nuestra milpa Señor Santo, todo el comunidad está contenta en su corazón. Trabajamos duro, Ángel Custodio, Señor del

Universo, trabajamos duro para que no se haya hambre, para que haya mucho elote, bastante maíz para todos los hombres y mujeres, para los niños y las niñas y para todos nuestros animales, para nuestros cochis y nuestros machos. Bendice a tu pueblo, Señor Santo, Nuestro Padre, Nuestra Madre, bendice a tu gente, mándanos tu bendición, mándanos tu lluvia, que caiga en nuestras milpas, sobre nuestros acaguales (montes bajos en cuyas laderas se puede sembrar). Alegre nuestro corazón lo hacemos fiesta al Cruz, a tu señal, Nuestra Salvación, no lo quites tu mirada de nosotros...

Entonces que se acabó el oración, que lo rezamos otro Padre Nuestro y lo persinamos y que lo empezamos el fiesta. Y lo hacemos brindis con aguardiente y entonces suenan los violines y las guitarras y lo tocan sones y zapateados y también lo tocan los flautas y los tambores. Y alegre suena el música pues.

Y los capitanes y mayordomos preparan las comidas y las viejitas, las chucho, sirven los caldos de gallinas para todos y así lo pasamos y comemos y bailamos y echamos son. Alegre, contento nuestro corazón. Porque como lo pedimos lluvia para nuestras milpas, como somos campesino, milpero pues, entonces que los tenemos esperanza para que va a venir la lluvia y para que ojalá lo vamos a juntar una buena cosecha nuestro maíz.

